LECTURAS PARA ENCONTRARNOS



# COMUNIDAD

## Y OTROS TEXTOS

Franz Kafka

Presidencia de la Nación

Ministerio de Educación

tenemos patria

**PRESIDENTA DE LA NACIÓN**
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

**JEFE DE GABINETE DE MINISTROS**
Dr. Aníbal Fernández

**MINISTRO DE EDUCACIÓN**
Prof. Alberto Sileoni

**SECRETARIO DE EDUCACIÓN**
Lic. Jaime Perczyk

**JEFE DE GABINETE**
A.S. Pablo Urquiza

**SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA**
Lic. Gabriel Brener

**PLAN NACIONAL DE LECTURA**
**Coordinadora del Plan Nacional de Lectura:** Adriana Redondo
**Coordinación editorial**: Natalia Volpe
**Diseño gráfico:** Mariel Billinghurst, Juan Salvador de Tullio, Elizabeth Sánchez
**Selección de textos:** Silvia Paglieta, Jéssica Presman
**Revisión:** Silvia Pazos

**Colección:** Lecturas para encontrarnos

"Comunidad", "Ante la ley", "El paseo repentino", "El pasajero",
"Los que pasan corriendo" y "Las preocupaciones de un padre de familia",
de Franz Kafka

**Imagen de tapa:** Realizada por alumnos y alumnas de 4to 7ma de la Escuela de Enseñanza Media 43, ENCYBA, de Gonzalez Catán, en el taller "Guiso gráfico" con el colectivo Onaire en noviembre de 2013. Proyecto La lectura como lazo social (Plan Nacional de Lectura y Área de Inclusión Democrática en las Escuelas).

Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura
Pizzurno 935 (C1020ACA). Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075 / 1127
planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, junio de 2015.

# COMUNIDAD

Somos cinco amigos.

Una vez salimos, uno tras otro, de una casa.

Primero salió uno y se colocó al lado de la puerta de calle; después el segundo salió por la puerta, o, mejor dicho, se deslizó con la misma suavidad con que resbala una gota de mercurio, y se ubicó no lejos del primero; después el tercero; después el cuarto; después el quinto. Finalmente, nos pusimos todos en una línea, parados. La atención de la gente empezó entonces a centrarse en nosotros, nos señalaban y decían:

"Los cinco acaban de salir de esa casa".

Desde entonces vivimos juntos.

Sería una existencia pacífica si no viniera siempre un sexto a entrometerse.

No nos hace nada, pero nos resulta fastidioso, y eso ya es bastante.

¿Por qué se mete por la fuerza donde no se quiere saber de él?

No lo conocemos, y no queremos aceptarlo con nosotros. Tampoco nosotros cinco nos conocíamos antes, y, si se quiere, tampoco ahora nos conocemos unos a otros; pero lo que entre nosotros cinco es posible y se admite, con ese sexto no es posible y no se admitirá.

Aparte de todo esto, nosotros somos cinco y no queremos ser seis.

¿Y qué sentido tiene, en definitiva, este permanente estar juntos? Ni siquiera para nosotros tiene sentido alguno. Pero nosotros ya estamos juntos, y continuamos así; pero no queremos una nueva unión, en razón, precisamente, de nuestras experiencias.

Pero, ¿cómo puede uno hacerle entender esto al sexto? Darle largas explicaciones significaría ya casi una aceptación en nuestro

círculo. Preferimos no aclarar nada, y no lo aceptamos.

Por más que saque trompa lo alejamos a codazos; pero por más que lo alejemos a codazos él vuelve.

# LOS QUE PASAN CORRIENDO

Si uno sale en la noche a pasear por una calle, y un hombre, ya visible desde lejos -pues la calle se empina ante nosotros y hay luna llena- viene corriendo en dirección a nosotros, no por eso lo agarraremos, así sea débil y esté hecho una miseria, ni aunque alguien venga corriendo y gritando detrás de él, sino que lo dejaremos seguir corriendo, ya que es de noche, y no es culpa nuestra si la calle, al claro de luna llena, se empina ante nosotros, y, aparte de todo esto, quizá esos dos hayan organizado la correría para diversión propia, quizá ambos persiguen a un tercero, quizá el primero sea injustamente perseguido, quizá el segundo quiera asesinar, y nosotros nos haríamos cómplices del asesinato, quizá ninguno de los dos sepa del otro, y cada uno corre por su propia cuenta a su cama, quizá sean sonámbulos, quizá el primero porte armas.

Y, por último, ¿no tenemos el derecho de estar cansados?; ¿no hemos tomado tanto vino?

Nos alegramos de que tampoco veamos ya al segundo.

# ANTE LA LEY

Ante las puertas de la ley hay un guardián.

Un campesino se llega hasta este guardián y le pide le permita entrar en la ley, pero el guardián le dice que por ahora no se lo puede permitir.

El hombre reflexiona y entonces pregunta si podría entrar después.

–Es posible –dice el guardián–; pero no ahora.

La puerta de entrada a la ley está abierta como siempre. El guardián se hace a un lado. El hombre se agacha para mirar hacia adentro. Cuando el guardián lo advierte se ríe y dice:

–Si tanto te atrae intenta entrar a pesar de mi prohibición. Soy poderoso, y soy solamente el último de los guardianes, pero ante la puerta de cada una de las sucesivas salas hay guardianes siempre más poderosos; yo mismo no puedo soportar la vista del tercer guardián.

El campesino no había previsto semejantes dificultades; pensaba que la ley debía ser siempre asequible para todos; pero al contemplar ahora más detenidamente al guardián, enfundado en su abrigo de pieles, su enorme nariz respingada, su barba tártara, rala, larga y negra, opta por esperar hasta que se le otorgue el permiso para entrar.

El guardián le da un banquito y le permite sentarse al lado de la puerta. Allí el hombre se queda sentado días y años. Se esfuerza de distintas maneras en conseguir que se lo deje entrar y fatiga con sus súplicas al guardián; este le hace a veces pequeños interrogatorios; le hace preguntas sobre su país y sobre muchas otras cosas; pero son preguntas indiferentes como las que suelen hacer los grandes señores, y al final siempre le dice que todavía no lo puede dejar entrar. El hombre, que se ha venido bien pertrechado para el viaje, lo emplea todo, por más valioso que

sea, en sus intentos de sobornar al guardián. Este acepta todo, es verdad, pero diciéndole siempre:

–Lo acepto solamente para que no pienses haber omitido algún esfuerzo.

Durante los muchos años que fueron pasando, el hombre estuvo mirando casi ininterrumpidamente al guardián. Se olvidó de los otros guardianes, y este le parecía el único obstáculo para entrar en la ley. Maldice la mala suerte, los primeros años en forma desconsiderada y voz alta; después, a medida que va envejeciendo, solo emite unos leves murmullos. Cae en infantilismo, y como en la atención que durante años ha dedicado al guardián ha llegado a distinguir hasta los piojos que tiene en su cuello de piel, también pide a los piojos que lo ayuden y persuadan al guardián. Finalmente empieza a perder la vista y no sabe si realmente se está poniendo más oscuro a su alrededor o es solamente que sus ojos lo engañan. Pero ahora distingue por cierto un resplandor que, inextinguible, sale por la puerta de la ley. Cercana ya su muerte, reúne mentalmente todas las experiencias que ha recogido durante todo este tiempo en una pregunta que hasta ahora no había hecho al guardián; le hace señas para que se acerque ya que no puede enderezar más su cuerpo que se está paralizando. El guardián tiene que agacharse mucho ante él ya que la diferencia de sus estaturas se ha pronunciado mucho en desmedro del hombre.

–¿Qué más quieres saber todavía? –pregunta el guardián–. Eres insaciable.

–Todos tienden a la ley –dijo el hombre–. ¿Cómo es que durante tantos años nadie excepto yo ha pedido que se lo deje entrar?

El guardián se da cuenta de que el fin del hombre está cerca y, para hacerse entender por esos oídos que ya casi no funcionan, se le acerca y le ruge:

–A nadie se le habría permitido el acceso por aquí, porque esta entrada estaba destinada exclusivamente para ti. Ahora voy y la cierro.

# EL PASEO REPENTINO

Cuando por la noche uno parece haberse decidido terminantemente a quedarse en casa; se ha puesto una bata; después de la cena se ha sentado a la mesa iluminada, dispuesto a hacer aquel trabajo o a jugar aquel juego luego de terminado el cual habitualmente uno se va a dormir; cuando afuera el tiempo es tan malo que lo más natural es quedarse en casa; cuando uno ya ha pasado tan largo rato sentado tranquilo a la mesa que irse provocaría el asombro de todos; cuando ya la escalera está oscura y la puerta de calle trancada; y cuando entonces uno, a pesar de todo esto, presa de una repentina desazón, se cambia la bata; aparece enseguida vestido de calle; explica que tiene que salir, y además lo hace después de despedirse rápidamente; cuando uno cree haber dado a entender mayor o menor disgusto de acuerdo con la celeridad con que ha cerrado la casa dando un portazo; cuando en la calle uno se reencuentra, dueño de miembros que responden con una especial movilidad a esta libertad ya inesperada que uno les ha conseguido; cuando mediante esta sola decisión uno siente concentrada en sí toda la capacidad determinativa; cuando uno, otorgando al hecho una mayor importancia que la habitual, se da cuenta de que tiene más fuerza para provocar y soportar el más rápido cambio que necesidad de hacerlo, y cuando uno va así corriendo por las largas calles, entonces uno, por esa noche, se ha separado completamente de su familia, que se va escurriendo hacia la insustancialidad, mientras uno, completamente denso, negro de tan preciso, golpeándose los muslos por detrás, se yergue en su verdadera estatura.

Todo eso se intensifica aun más si a estas altas horas de la noche uno se dirige a casa de un amigo para saber cómo le va.

# EL PASAJERO

Estoy parado en la plataforma del tranvía, y me siento completamente inseguro respecto de mi situación en este mundo, en esta ciudad, en mi familia; ni siquiera incidentalmente podría precisar qué derechos podría alegar justificadamente en algún sentido; no puedo en absoluto justificar que esté en esta plataforma, que me agarre de esta correa, que me deje llevar por este coche, que la gente lo esquive, o que camine tranquilamente, o que descansen ante las vidrieras; cierto es que tampoco nadie me lo pide, pero da lo mismo.

El tranvía se acerca a una parada. Una chica se acerca a los escalones, dispuesta a bajar; se me aparece tan claramente como si la hubiese palpado. Va vestida de negro; los pliegues de la pollera casi no se mueven; la blusa es ceñida y tiene un cuello de fino encaje blanco; su mano izquierda se apoya de plano en la pared; la sombrilla que lleva en su derecha se sostiene sobre el más alto de los dos peldaños; su cara es morena; la nariz, levemente deprimida a los lados, termina redonda y ancha; tiene un cabello castaño abundante y pelillos dispersos en la sien derecha; su pequeña oreja se aprieta contra el cráneo; no obstante, como estoy cerca, veo toda la parte de atrás del pabellón de la oreja derecha y la sombra en el nacimiento.

Entonces me pregunté: ¿Cómo es que no está asombrada de sí misma, que mantiene cerrada la boca y no dice nada por el estilo?

# LAS PREOCUPACIONES DE UN PADRE DE FAMILIA

Unos dicen que la palabra Odradek proviene de idiomas eslavos y sobre esta base tratan de explicar la formación de la palabra. Otros, por el contrario, opinan que proviene del alemán, y que solamente ha sido influida por las lenguas eslavas. La inseguridad de ambas explicaciones da lugar, y con derecho, a concluir que ninguna es acertada, y con ninguna de ellas puede uno descifrar el sentido de la palabra.

Naturalmente, nadie se habría dedicado a tales investigaciones si en realidad no existiese un ser que se llama Odradek. A primera vista parece una bobina de hilo, chata, con forma de estrella; y es que en realidad parece estar cubierto de hilos; claro que se trata solamente de hilos entremezclados, viejos, anudados unos con otros, pero hay también, entremezclados y anudados, hilos de otros tipos y colores. Pero no es simplemente una bobina, sino que del centro de la estrella emerge perpendicular un pequeño palito, y a este se le agrega otro en ángulo recto. Con este último palito por un lado, y uno de los rayos de la estrella por el otro, el todo puede estarse derecho, como sobre dos patas.

Uno se sentiría tentado a pensar que este ser debió tener antes alguna forma razonable y que ahora está deshecho. Pero este no parece haber sido el caso; por lo menos no hay señal de ello; por ningún lado se pueden ver añadidos ni roturas. El todo parece por cierto sin sentido, pero, a su modo, completo. Cosas más precisas no se pueden decir al respecto, ya que Odradek es extraordinariamente movedizo y no se deja atrapar.

Se lo suele ver alternativamente en la buhardilla, en la escale-

ra, por los pasillos, en el vestíbulo. A veces no se deja ver durante meses; en esos casos seguro que se ha mudado a otra casa; pero irremisiblemente vuelve a la nuestra. A veces, cuando uno sale por la puerta y él está justamente abajo, recostado sobre el pasamanos de la escalera, uno siente ganas de hablarle. Naturalmente, uno no le hace preguntas difíciles, sino que lo trata -ya su misma pequeñez tienta a eso- como a un niño.

-¿Cómo te llamas, a ver? -le pregunta uno.

-Odradek -dice él.

-¿Y dónde vives?

-Sin domicilio fijo -dice y ríe; pero es solamente una risa como la que uno podría producir sin pulmones; suena algo así como pasar corriendo sobre hojas caídas. Por lo general la conversación termina con esto. Además, ni siquiera estas respuestas se pueden obtener siempre; muchas veces permanece largo rato mudo, como la madera que parece ser.

Inútilmente me pregunto qué pasará con él. ¿Es que acaso puede morir? Todo lo que muere ha tenido antes una especie de objetivo, alguna ocupación, y eso lo ha ido desgastando; pero este no es el caso de Odredek. ¿Es que no rodaría alguna vez escalera abajo ante los pies de mis hijos y de los hijos de mis hijos arrastrando sus hilos? Es evidente que no hace daño a nadie; pero la idea de que me sobreviva casi me resulta dolorosa.

# FRANZ KAFKA

Escritor (Praga, actual República Checa, 1883 - Kierling, 1924), considerado uno de los grandes narradores del siglo XX. Su prosa exhibe con particular sensibilidad la experiencia de la vida moderna, signada por la sensación de soledad, el individualismo, la opresión, la indiferencia, el imperio de la mercancía y el automatismo; un ser humano que sufre, aislado, y padece el mundo que él mismo ha erigido.

Kafka residió toda la vida en Praga, estancia apenas interrumpida por vacaciones, viajes laborales; e internaciones, debido a su frágil estado de salud. Se doctoró en Derecho pero trabajó hasta la jubilación en una empresa de seguros; se comprometió dos veces pero nunca se casó y mantuvo una tensa relación con las mujeres.

Algunas de sus obras son: *La metamorfosis*, *El proceso*, *América*, *El castillo*, *En la colonia penitenciaria*, *La condena*. Casi toda su obra permaneció inédita hasta después de su muerte.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

PLAN NACIONAL DE LECTURA

Ejemplar de distribución gratuita.
Prohibida su venta.